

*Autor de Martes con mi viejo profesor*

# MITCH ALBOM

## Una música prodigiosa

Una novela inspirada en Francisco Tárrega,  
uno de los mejores guitarrista de todos los tiempos

*Traducción:*

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL

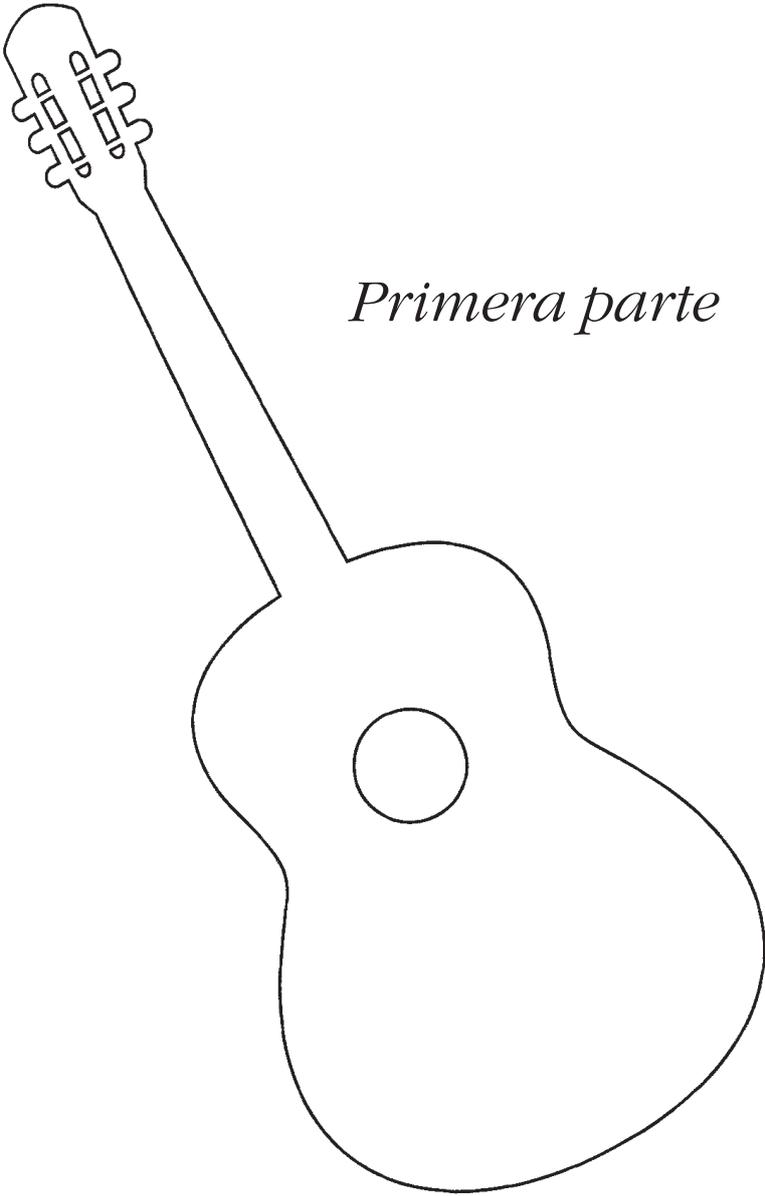


MAEVA

Para mi tío Mike, el primero de muchos  
músicos que a lo largo de mi vida me han  
hecho decir: «Quiero tocar así».

«Brindo por todos los chicos que pasaron  
con suaves guitarras en fundas de cartón  
durante toda la noche.  
¿No os gustaría saber qué ha sido de ellos?»

PAUL SIMON



*Primera parte*

He venido a llevarme mi trofeo.

Está aquí, en el ataúd. La verdad es que ya es mío, pero un buen músico espera con respeto a que se hayan tocado las últimas notas. La melodía de este hombre ha terminado, pero sus allegados han venido de muy lejos para añadir unas cuantas estrofas, una especie de coda.

Escuchemos.

El cielo puede esperar.

¿Os doy miedo? No hay porqué. No soy la muerte. ¿Un siniestro encapuchado con guadaña, envuelto en olores de putrefacción? «Por favor», que dirían vuestros jóvenes.

Tampoco soy el Sumo Juez a quien tarde o temprano todos teméis. ¿Qué derecho tengo yo a juzgar una vida? He estado con los malos y con los buenos. Respecto a las fechorías que haya podido cometer este hombre, no tengo veredicto, como tampoco evalúo sus virtudes.

Sé mucho de él, eso sí: los hechizos que urdía con su guitarra, las multitudes seducidas por su voz, grave y sedosa.

Las vidas que cambió con sus seis cuerdas azules.

Podría contarlo.

O descansar.

Siempre reservo tiempo para descansar.

¿Os parezco esquivo? Puedo serlo, a veces. También soy dulce y tranquilizadora, y disonante e iracunda, y difícil, y simple, apaciguadora como arena que se vierte, penetrante como el alfiler.

Soy la Música, y vengo a llevarme el alma de Frankie Presto. Bueno, toda no, solo lo que tomó de mí al llegar al mundo, que no fue poco. No pertenezco a nadie, ni siquiera a quien mejor me usa. Estoy en préstamo. Nadie se va sin haberme devuelto.

Recogeré el talento de Frankie para esparcirlo en otras almas recién nacidas, como haré algún día con el vuestro. Por algo alzáis la vista al oír vuestra primera melodía o seguís con el pie el ritmo de un tambor.

Todos los seres humanos son musicales.

Si no, ¿por qué os habría dado Dios un corazón que late?



Algunos, como es lógico, os lleváis más de mí que otros. Bach, Mozart, Jobim, Louis Armstrong, Eric Clapton, Philip Glass o Prince. Son solo unos pocos ejemplos de vuestra época, algunas manos diminutas que sentí tendidas, aferradas a mí en el momento de nacer. Voy a contaros un secreto: así es cómo se distribuye el talento. Antes de que un bebé abra por primera vez sus ojos, giramos a su alrededor como colores vivos y lo que hacen sus dedos al cerrarse por primera vez es empuñar el color que más le gusta. Esos talentos lo acompañarán toda la vida. Los más afortunados –al menos desde mi punto de vista– me eligen a mí, a la música. A partir de entonces vivo en cada nota que entonáis o silbáis, y en cada pulsación de cuerda o tecla de piano.

No puedo evitar que os muráis. No llegan a tanto mis poderes. Pero sí os impregno.

Como impregné a quien está en este ataúd, mi misterioso e incomprendido Frankie Presto, cuya muerte, ocurrida hace poco durante un certamen musical, fue presenciada por el aforo de una gran sala de conciertos: primero su cuerpo se elevó hasta el techo y luego cayó en el escenario, como corteza inerte.

El revuelo fue considerable. Los que están acudiendo a esta antigua basílica aún se hacen la misma pregunta: «¿Quién mató a Frankie Presto?». Según ellos, nadie muere así de muerte natural.

Tienen razón.



¿Sabíais que su auténtico nombre de pila era Francisco? Sus mána-gers trataron de ocultarlo. Pensaban que «Frankie» sería más del gusto de los fans estadounidenses, con razón, supongo, visto cómo gritaban en sus conciertos las adolescentes: «¡Frankie! ¡Te quiero, Frankie!». Los nombres cortos se adecuán mejor a la histeria. Pero aunque el hombre se forje el porvenir, no puede cambiar su pasado.

Su verdadero nombre era Francisco.

Francisco de Asís Pascual Presto.

A mí no me disgusta.

Estuve presente la noche en que se lo pusieron.



Sí, habéis oído bien. Lo sé todo sobre cómo vino al mundo Frankie Presto, lo que no sabe nadie, lo que han calificado siempre de misterio los críticos e historiadores de música, y hasta el propio Frankie.

Si queréis os lo cuento.

¿Os sorprende que no me resista a revelar algo tan codiciado? ¿De qué sirve retrasarlo? No soy uno de los talentos «lentos», como la Razón o las Matemáticas. Soy la Música. Si os hago el regalo de saber cantar, lo haréis a la primera. ¿Componer? Muchas de mis mejores frases están en las notas iniciales. *Eine kleine Nachtmusik*, de Mozart: tan, tatán, tatá tatá tatán... Se le escapó una carcajada nada más tocarlo en su piano. No tardó ni un minuto.

¿Queréis saber cómo llegó al mundo Frankie Presto?

Os lo voy a contar.

Así de fácil.



Fue aquí, en España, en Villarreal, ciudad fundada hace más de siete siglos por un rey, cerca del mar. Yo prefiero empezar siempre con la marca de tiempo, de compás. Situémonos: agosto de 1936, en un errático seis por cinco, reflejo de una etapa sangrienta en la historia del país. Una guerra civil. Se acercaba a estas calles, y más

en concreto a esta iglesia, algo que llamaban en voz baja «el terror rojo». La mayoría de los curas y monjas habían huido al campo.

Me acuerdo bien de esa tarde. (Tengo memoria, en efecto. Brazos y piernas no, pero sí una memoria inagotable.) Tronaba y llovía a cántaros. Una mujer joven entró a toda prisa para rezar por el hijo que llevaba en su seno. Se llamaba Carmencita. Era menuda, con los pómulos marcados, y tenía un pelo voluminoso y ondulado del color de la uva negra. Encendió dos cirios y se santiguó. De pronto se llevó las manos al vientre y se dobló de dolor. Estaba de parto.

Gritó. Una monja joven, de ojos color de miel y dientes algo separados, acudió corriendo a levantarla.

–Tranquila –dijo, y le sujetó la cara, pero no tuvieron tiempo de ir al hospital porque justo entonces se vino abajo la puerta de la iglesia.

Habían llegado los saqueadores.

Eran revolucionarios y milicianos furiosos que venían a destrozarse la iglesia, como llevaban haciendo en toda España, donde profanaban imágenes y altares, reducían los sagrarios a cenizas y asesinaban a los curas y las monjas en sus espacios de oración.

Parece imposible que ante atrocidades como esas no se quede en suspenso, horrorizada, cualquier nueva vida, pero el caso es que un parto no lo retrasan la alegría ni el miedo. Nada sabía de guerras el futuro Frankie, en el útero materno, listo para hacer su aparición.

Como lo estaba también yo.

La joven monja llevó a Carmencita a toda prisa hasta una escalera secreta, construida siglos atrás, que conducía a una habitación oculta; y mientras los saqueadores destrozaban la iglesia, la monja acostó a la madre de Frankie en un rincón, a la luz de unas velas, sobre una manta gris. La rápida respiración de ambas creó un ritmo.

–Tranquila, tranquila –repetía la monja en voz baja.

Los golpes de la lluvia en el tejado parecían mazazos. Los truenos, timbales. Abajo, los saqueadores prendieron fuego al refectorio. Las llamas crepitaban como cien castañuelas. Las pocas personas que no habían salido huyendo de la iglesia proferían

chillidos de súplica, a los que respondían con órdenes bruscas los responsables de las atrocidades. Las voces graves, las agudas, el chisporroteo de las llamas, el silbido del viento, el repiqueteo de la lluvia y los estallidos de los truenos creaban un *crescendo* sinfónico de cólera; y justo cuando los invasores forzaban la tumba de san Pascual y se disponían a profanar sus huesos, en lo más alto de la basílica empezaron a tañer las campanas y todos levantaron la vista.

Fue el momento exacto en que nació Frankie Presto.  
Sus diminutas manos se cerraron.  
Y se llevó un pedazo de mí.



Ajá. ¿Me estaré implicando en la historia? Debo tener en cuenta la composición. No es lo mismo contar un nacimiento que contar toda una vida.

Apartémonos del ataúd y salgamos un momento adonde el sol de la mañana hace bizquear a los que salen de sus coches, aparcados a ambos lados de estas calles estrechas. De momento, ha llegado poca gente. A juzgar por mi recuento –siempre exacto, como mi compás–, durante su tiempo en el planeta, Frankie Presto tocó con trescientos setenta y cuatro grupos.

Sería de esperar un entierro concurrido.

En esta vida, en cualquier caso, todo el mundo es de algún grupo. Solo unos pocos son grupos de música. Frankie, mi preciado discípulo, fue más que un guitarrista, más que un cantante, más que un artista famoso que desapareció durante buena parte de su vida. De niño sufrió mucho y, a cambio de ese sufrimiento, recibió un regalo: unas cuerdas que le daban el poder de cambiar vidas.

Seis cuerdas.

Seis vidas.

Por eso sospecho que esta despedida podría ser interesante, y por eso me quedaré a escuchar qué dicen los presentes en el funeral: la extraordinaria sinfonía de Frankie interpretada por personas que lo conocieron. Queda en pie, por otra parte, el misterio de su muerte, y del oscuro personaje que justo antes de ella lo seguía.

Quiero verlo resuelto.

La música siempre ansía que todo se resuelva.

Pero antes debo descansar, que ya he compartido muchas notas. ¿Veis a los hombres que fuman en los escalones de la iglesia? ¿Veis al del bombín de *tweed*? También es músico, trompetista. Antes sus dedos eran ágiles, pero ahora es viejo y lucha contra la enfermedad.

Escuchémoslo un momento.

En esta vida todo el mundo es de algún grupo.

Por el de este hombre pasó Frankie.

# Marcus Belgrave

*Trompetista de jazz en su propio quinteto y el grupo de Ray Charles, acompañante de McCoy Tyner, Dizzy Gillespie, Ella Fitzgerald y otros*

**D**ame fuego, haz el favor... Mmm..., mmm... Gracias...

No, la verdad es que tampoco me lo puedo creer. No son maneras de morir. Aunque para mí que Frankie tenía algo raro. Magia, vudú... No sé, algo. Esta anécdota nunca la había contado, pero te juro que es verdad.

Estábamos tocando en un club de Detroit, en 1951 o 1952, en la zona que llamaban Black Bottom. Antes había un montón de clubes buenos, pero desde la guerra el barrio se echó a perder.

Bueno, pues estábamos tocando un viernes por la noche, cuatro turnos (las ocho, las diez, las doce y las dos de la madrugada), con Frankie a la guitarra. Entonces solo era un adolescente flaco, mucho antes de sus grandes éxitos. De hecho, ni siquiera cantaba todavía, y para mí era «Frankie» a secas. Vaya, que no me sabía su apellido. Por edad no habría podido entrar en la sala, pero como no pedía dinero, para el dueño del club era como un adulto, no sé si me explico. Dejábamos que se pusiera al fondo, lejos de los focos, con su mata de pelo negro rebotando en la oscuridad. El tenía su plato de pollo gratis al final de la noche, y nosotros nuestro guitarrista gratis.

Vale, vale, ahora lo cuento. Lo dicho, que la sala era un antro, y había algún que otro personaje de armas tomar. Estábamos tocando *Smokehouse Blues*. En un rincón había un hombre alto y barbudo, con una rubia guapa que se había pasado con el pintalabios, no sé si para parecer mayor.

Algo debió de pasar, porque de repente el de la barba se levanta de un salto, tira la silla al suelo, empuja a la chica contra

la pared y le pone un cuchillo en el cuello. Le decía de todo, a grito pelado, mientras la asfixiaba. Tilly, nuestro pianista, salió enseguida por la puerta del local. Era así. Lo llamábamos «Tilly el no quiero problemas». En cambio, los demás seguimos tocando con esa cara que se te pone cuando no quieres mirar, pero tampoco puedes apartar la vista. Casi tenías la impresión de que la mataría en cuanto dejara de sonar la música. Él con el cuchillo en la mano, gritando, ella ahogándose, y nadie hacía nada, por lo corpulento que era el hombre.

De repente veo que Frankie se planta al borde del escenario y empieza a tocar a todo volumen, muy deprisa. Tocaba tan bien que la gente no sabía hacia dónde mirar.

–¡Eh! –grita.

El de la barba se gira y le suelta algo con voz de borracho. Frankie sigue tocando aún más deprisa. Tony, Elroy y yo intentábamos seguirle el ritmo, pero se le había metido algo en la cabeza. Movía los dedos como si estuviera poseído.

–¡Eh! –grita otra vez.

Tocaba como un rayo, pero sin desafinar ni una nota. Ojo, que ahora viene lo bueno: el de la barba se gira y apunta el cuchillo hacia él, como si aceptara el reto.

–Más deprisa –masculla.

Así que Frankie acelera aún más. Algunos empiezan a animarle, como si fuera un juego. Frankie acaba *Smokehouse Blues* y enlaza con *El vuelo del moscardón*, aquella de la ópera rusa, ¿sabes, no? Yo busco las notas con mi trompeta. Elroy le da tan fuerte al pedal que parece que vaya a quedarse sin pie.

–¡Más deprisa! –grita otra vez el de la barba.

Y cuando ya estábamos pensando todos que más deprisa que eso no tocaba ni Dios, Frankie rizó el rizo e hizo correr los dedos por las cuerdas a tal velocidad que no me habría extrañado que salieran moscardones de la guitarra. Ni siquiera se miraba las manos. Tenía la vista clavada en el hombre de la barba, con la boca un poca abierta y mechones de pelo caídos por la frente. Para entonces ya daba palmas todo el público, que intentaba seguir el ritmo que marcaba Elroy. Frankie empezó a bajar desde la punta del mástil hasta los primeros trastes, dejando casi

hipnotizado al de la barba, que se acercó para verlo mejor. Frankie y la del pintalabios no dejaban de mirarse. En un momento dado, él le hizo un gesto con la cabeza y ella se fue como una bala.

Ahora ya lo animaba todo el público, de esa manera típica de los conciertos: «¡Uuuh! ¡Uuuh! ¡Uuuh! ¡Uuuh!». Frankie apretó los labios y empezó a sacar unas notas tan agudas que parecía que estuviera pellizcando unas crías de pájaro. El de la barba estaba justo delante del escenario. Frankie lo apuntó con el mástil, como si fuera una especie de ametralladora, ratatatatá, y paró de golpe. Fin de la canción. Luego se pasó la guitarra por la cabeza. Estaban todos medio locos, contenían la respiración, expectantes: pero ¡cómo toca el chaval este! Estábamos felices de que no se hubiera muerto nadie.

Frankie se marchó corriendo tras la chica.

Ahora viene lo bueno.

Miré su guitarra y vi que una cuerda se había puesto de color azul. Te lo juro, un azul como el del centro de una llama.

Me dije a mí mismo: no sé de dónde sale este chaval, pero mejor no saberlo.

Bueno.

Voy a daros una pista.

Sin lo que hizo Frankie, la rubia de los labios excesivamente pintados se habría muerto. Pero Frankie era demasiado joven para comprenderlo y hasta para darse cuenta de su propio poder...

Perdón.

Aquí arriba.

En el alféizar.

Estaba escuchando *Heart of Glass*, de Blondie, en un transmisor de radio que había en la cocina. Se oía por todo el callejón de detrás de la iglesia. ¿Os habéis fijado en que la música suena de otra manera en exteriores? Un violonchelo durante una boda en un jardín, un calíope en un parque de atracciones de la playa...

Es porque nací al aire libre, en el choque de las olas, en el silbido de las tormentas de arena, en el ulular de los búhos y el graznido de los mieleros tui. Viajo en ecos. Cabalgo la brisa. Fui forjada en la naturaleza, desnuda y sin adornos. El único que pule mis aristas para que sea bonita es el hombre.

Reconozco que lo habéis logrado, pero con toda una serie de presuposiciones, como que cuanto más silencioso es el entorno más pura soy yo. Qué tontería. Uno de mis discípulos, un saxofonista larguirucho que se llamaba Sonny Rollins, se pasó tres años tocando en un puente de Nueva York, donde sus dulces melodías de jazz se mezclaban con el ruido de los coches. Yo me sentaba muchas veces en las vigas, a escuchar.

¿Y qué decir de mi querido Frankie, nacido en la cacofonía de las campanadas y el estruendo de la destrucción? ¿Os acordáis de esa noche, en la iglesia incendiada? Carmencita, la madre de Frankie, tenía que evitar que el bebé llorase, para que no los descubriese una horda asesina, así que, acostada a su lado en la manta gris, le tarareó al oído una canción. Era una melodía antigua, muy conocida en Villarreal. La había escrito uno de sus hijos, mi brillante guitarrista Francisco Tárrega. Carmencita la tarareó con toda la pureza con la que se ha podido tararear en este mundo una canción, mientras rodaban lágrimas por sus mejillas y caían en la piel del bebé recién nacido.

El niño no lloró.

Mejor, porque los saqueadores solo tardaron unos minutos en llegar al altar principal. Se oía que lo destrozaban todo, cada vez más cerca. No tardarían en subir por la escalera. La monja de los ojos color miel y los dientes separados temblaba. Sabía que a la madre no se la podía mover. Estaba demasiado débil y había perdido mucha sangre.

También sabía que si los saqueadores descubrían a una monja, la matarían.

Se quitó el hábito por la cabeza, mientras rezaba en voz baja, y apagó las velas con los dedos.

–Silencio –susurró.

Carmencita interrumpió la única melodía que llegó a cantarle a su hijo.

La canción se llamaba *Lágrima*.



Todo esto, como es natural, le parecerá una incongruencia a quien solo conozca a Frankie Presto de sus años de más éxito, a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, cuando lo bautizaron como «el nuevo Elvis Presley» y grabó discos que se tradujeron en apariciones por televisión, conciertos multitudinarios y esa foto mítica donde saca la cabeza por la ventanilla de un coche, sonriendo, con una cazadora marrón claro y una camisa con el cuello rosa, para firmarle un autógrafo en la mano a una morena guapa.

La foto, publicada en la revista *Life*, fue la portada de su álbum más comercial, *Frankie Presto Wants to Love You*, que vendió millones de copias y le hizo ganar una fortuna que habría sido inimaginable durante su infancia en las calles pobres de Villarreal por las que pasaban carros tirados por caballos y cargados de naranjas.

Sin embargo, en esa etapa de su trayectoria, Frankie era un artista americano, con un mánager americano, y cantaba sin ningún rastro de acento español. Hasta la guitarra había quedado en un segundo plano. En honor a la verdad, le hacían cantar cosas que no estaban a la altura de su talento.

Pero ni siquiera os he dicho nada de su primer instrumento, ni del perro sin pelo, ni de la niña en el árbol, ni del Maestro, ni de la guerra, ni de Django, Elvis o Hank Williams, ni de por qué desapareció Frankie en la cúspide de la fama.

Ni de cómo murió, subiendo por los aires frente a un público atónito.

El viaje de Frankie. Qué historia tan intensa. Os veo interesados, y me tienta. Siempre me tienta el público.

Llegan los coches. El sol se eleva sobre la ciudad. El cura aún no ha acabado de vestirse en la sacristía.

Supongo que hay tiempo.

Bueno, pues vayamos al grano, que es lo que le corresponde al apellido Presto. Esa palabra la usaban los compositores de antes para señalar mis tempos más rápidos, alegres, vivarachos e impetuosos.

También tiene la acepción de «preparado».

¿Lo estáis?

Pues adelante con la historia de mi niño.

### 3

**E**n esta vida todo el mundo es de algún grupo.

En el primero ingresáis al nacer. La voz cantante la lleva vuestra madre, que comparte el escenario con vuestro padre y vuestros hermanos. Salvo que falte el padre y los focos iluminen un taburete vacío. Aun así será uno de los miembros fundadores, y si reaparece algún día, tendréis que hacerle sitio.

Con el paso del tiempo os uniréis a otros grupos, ya sea por amistad, por amor, por el barrio, el colegio, el Ejército... Puede ser que llevéis el mismo tipo de ropa o que os riáis con un vocabulario propio. Quizá os echéis en los sofás de un camerino, o puede que os sentéis en la mesa de una sala de reuniones, o que os apretujéis en el comedor de un barco, pero en cada grupo tendréis un papel determinado, y el grupo influirá en vosotros en la misma medida que vosotros en él.

Y, como ocurre casi siempre con los grupos, la mayoría se disgregarán, por el distanciamiento, por las diferencias, por el divorcio o por la muerte.

El primer grupo de Frankie fue un dúo: madre e hijo. Tuvo a bien el Señor que los saqueadores no los descubrieran aquella noche y lograsen escapar de la iglesia incendiada. Traumatizada por el duro trance, la mujer se fue a la otra punta del pueblo y no le contó a nadie lo ocurrido. En la España de esos años reinaba la desconfianza, y la gente se guardaba los secretos. Siempre que la madre se cruzaba con algún vecino, bajaba la cabeza para no mirarlo a los ojos.

-¡Qué niño más guapo!

–Gracias –murmuraba, y se alejaba a toda prisa.

Al niño le creció una gran mata de pelo negro. Con el paso de los meses, la mujer observó que cada vez que sonaban las campanas de la iglesia se giraba. Una vez pasaron al lado de un músico que tocaba la flauta por la calle, y el pequeño Francisco tendió las manos para llevarse más de mí, y eso que ya tenía de sobra.

Era un niño muy normal en casi todos los aspectos, salvo en que apenas lloraba. De hecho, a duras penas emitía sonidos. Él y su madre vivían en un piso de un solo dormitorio, encima de una panadería. Cuando tenían hambre, que era casi siempre, la madre bajaba y esperaba a que el panadero, un hombre mayor, le preguntara por su hijo, aquel bebé tan silencioso. Entonces ella bajaba la vista y él suspiraba, compasivo.

–No se preocupe, señora, que seguro que algún día hablará.

Y le daba un plato de panecillos impregnados en aceite de oliva.

De vez en cuando la madre ganaba algo cosiendo o lavando, pero el país aún no se había repuesto de los estragos de la guerra. Escaseaba el dinero, y para una mujer sola con un niño pequeño era difícil encontrar un empleo. Sobrevivían de milagro, día a día.

–Vaya a la iglesia, que le ayudarán –le decían los vecinos.

Nunca lo hizo. Ya no quería saber nada de iglesias.

Cuando Frankie cumplió un año, su madre, para romper con la monotonía, lo llevó a la calle Mayor, la única pavimentada del pueblo, y a la tienda más importante, Casa Medina, para ver cosas que nunca podrían permitirse. Estuvo mirando un buen rato cochecitos de bebé. Cómo le habría gustado tener uno... También había un gramófono de cuerda. Se detuvo a admirarlo antes de salir. El dueño, un hombre bien vestido y con bigote fino, se acercó, quizá porque había visto que no llevaba anillo de casada, y puso un disco nuevo de pizarra.

–Escuche, señora, por favor –dijo, sonriente y orgulloso.

Era un disco del guitarrista español Andrés Segovia. Las notas que tocaba hipnotizaron al pequeño Frankie, que ladeó la cabeza y apretó los puños.

Al final de la composición, por fin, lloró.

A pleno pulmón.

Su voz tenía la potencia de la de un hombre adulto. El dueño hizo una mueca. Los clientes también. La madre, avergonzada, zarandeó con dureza al pequeño.

—¡Silencio! —dijo entre dientes.

Pero el llanto seguía, tan penetrante que llegaba hasta los últimos rincones de la tienda. Un vendedor sacó un caramelo de debajo de un mostrador y se lo puso a Frankie en la boca para que se callara, pero el niño agitó mucho las manos y lloró con más fuerza, si cabía.

Al final, el dueño, nervioso, volvió a colocar el brazo del gramófono en el disco.

Segovia volvió a tocar.

Y Frankie se calló.

No hace falta que os diga el título de la canción.

*Lágrima.*



Desde ese día, el niño nunca estaba contento. Lloraba sin parar, a cualquier hora. Ni camas, ni mantas; nada lo tranquilizaba. Berreaba con más fuerza que los gallos o los perros callejeros, como si pidiera a gritos algo que jamás podría tener.

—¡Basta! —bramaban los vecinos a través de las ventanas—. ¡Dale leche! ¡Que pare!

No había manera. Se pasaba las noches llorando, a pesar de los porrazos en la pared y los golpes con el palo de la escoba en el techo.

—¡Haz algo!

—¡Tenemos que dormir!

No se recordaba a otro bebé igual de escandaloso. Hasta el panadero dejó de dar pan a la madre, con la esperanza de que se fueran a vivir a otro sitio.

Sin ayuda, sin apenas comida, la pobre mujer no daba más de sí. No dormía. Cayó en una depresión. Aquejada por el hambre, fue perdiendo la salud. Una fiebre contraída a las puertas del invierno le produjo ataques de delirio. Iba por la calle con el cuello

envuelto en una toalla roja mientras Francisco estaba en el piso, llorando. A veces murmuraba palabras que creía oír.

Una mañana de frío que no tenía nada que darle de comer al niño, ni manera alguna de impedir que chillase, se lo llevó fuera del pueblo, a la orilla del Mijares, y bajó por la cuesta que llevaba al río. Un viento fuerte arremolinaba las hojas sobre el barro. La mujer miró al niño, envuelto en una manta gris. Él se calló un momento. La expresión de la mujer se hizo más dulce. De pronto, doblaron a lo lejos las campanas de la iglesia y el niño volvió a aullar. Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó también un alarido.

Lanzó al pequeño al agua.

Y se marchó corriendo.

Ninguna madre debería llegar a esos extremos, pero es que no era la madre de Frankie. La madre de Frankie murió en el cuarto de la iglesia, envuelta en el sayo de una monja.

# Clem Dundridge

*Corista de los King-Tones, los Jordanaires y la Frankie  
Presto Band*

**B**uenas. ¿Qué eres, de la tele? Oye, ¿sabes a qué hora empieza el funeral?

¿Yo? No, qué va... Nunca había estado en España, aunque me gusta bastante la música. ¡Ja! ¿Sabes que hay una canción que se titula así, *Never Been to Spain?* ¿De quién era? Uf... De los Three no sé qué... ¡Three Dog Night! Eso. ¡Qué nombre más tonto!

No, no, si ya... Donde vivo los entierros tampoco se celebran con puntualidad. ¿Ahora? En Greenville. Carolina del Sur. Estados Unidos.

No, a Frankie llevaba alrededor de veinte años sin verlo. Perdimos el contacto. Le pasó con casi todo el mundo. Él era así. Ni siquiera sabía que aún tocara, hasta que me enteré de cómo murió...

¿Qué cómo nos conocimos? ¡Ja! ¡Prepárate! Lo conocí con Elvis Presley en los conciertos de *Louisiana Hayride*, en 1957... Pues sí... Para que veas... Tan verídico como la vida misma, sí señor. Ahora ya puedo decirlo. Tenía que callármelo hasta que se murieran los dos, Elvis y Frankie, pero ellos ya están criando malvas y yo he cumplido los ochenta y dos. ¿A qué espero? Me estoy planteando contarlo en la iglesia. ¿Se puede hablar durante la ceremonia? Es católica, ¿no? No sé si dejan...

¿Ahora mismo? Mira, ¿sabes qué? Que si me das un poco del café que estás tomando, te lo explico. Gracias... Se agradece... Mmm...

A ver, te cuento. Yo entonces cantaba con los Jordanaires, que eran los músicos que acompañaban a Elvis. Con los años pasó

mucha gente por el grupo, la mayoría cantantes de góspel, y hasta algunos pastores, que al final volvieron a la iglesia. Yo estuve poco tiempo, pero fue justo cuando se disparó todo lo de Elvis. A cada concierto venía más gente.

La verdad es que Frankie se parecía un montón a Elvis. No se puede negar. Cuando sonreían enseñaban todos los dientes, y tenían los dos el pelo muy oscuro, aunque el de Elvis era teñido. De natural lo tenía más bien entre castaño y pelirrojo. Frankie era un poco más alto y más delgado. Lo que pasa es que entonces nadie sabía que supiera hacer algo más que tocar la guitarra. Ni siquiera tengo muy claro cómo llegó a Louisiana. Alguien me dijo que vino de Detroit en el maletero de un coche. En serio. Es que era muy reservado, y no fumaba ni iba de juerga, y en un grupo, si no haces nada de eso, casi no hay tiempo de que te conozcan...

La cuestión es que una tarde estábamos en el auditorio municipal de Shreveport (que era donde grababan *Louisiana Hayride*, el programa de radio, que era un bombazo por aquella zona), haciendo pruebas de sonido para el concierto de la noche, y no estaba Elvis. Andaba con alguna chica, haciendo de las suyas. A su mánager, el coronel Parker, le salía humo por las orejas. El coronel lo tenía todo muy controlado y le daba mucha rabia que alguien llegara tarde, aunque fuera el propio Elvis. Esperamos cinco o diez minutos. Parker miraba todo el rato su reloj, hasta que de repente gritó: «¡Tocad algo! ¡Venga, a trabajar!». Como no era plan de disgustar al coronel, el grupo se puso a tocar la primera canción del concierto, *I Want You, I Need You, I Love You*, y los Jordanares empezamos con las segundas voces. Lo que pasa es que sin Elvis sonaba un poco tonto, todo el rato «Uuu, uuu», y al coronel se le notaba el enfado a un kilómetro. Se puso como un tomate y empezó a dar vueltas sin quitar la vista de la puerta. Hasta que de repente... ¿Sabes qué pasó? Pues que empezamos a oír que alguien cantaba la letra. Parecía Elvis, pero era Frankie, que se había acercado al micro. La cantaba a la perfección. Miré a los demás, pensando en el rapapolvo que le echaría el coronel. ¿Imitar a Elvis delante del jefe? ¡Qué ocurrencia! El coronel se lo quedó mirando, con la mandíbula apretada, mordiendo el puro que siempre tenía en la boca. «Chao, Frankie –pensé yo–, ha sido un placer.» Pero no, no le pidió

que parase. Acabamos la canción, y lo único que hizo el coronel fue preguntarle al técnico de sonido: «¿Está bien así?».

Nos fuimos, sacudiendo la cabeza incrédulos. Me acuerdo de que justo después, el pianista, Hoot, le puso una cerveza en la mano a Frankie, que le preguntó por qué, y que Hoot contestó: «Porque aún estás vivo».

Ahora, sitúate más o menos un mes más tarde. Estábamos de gira con Elvis en la costa noroeste del Pacífico. Nos habían contratado para tocar en Canadá, en un estadio de Vancouver. De repente, no sé cómo, nos enteramos de que el coronel Parker estaba en negociaciones con el Ejército. Ellos querían que Elvis empezara el servicio militar, pero el coronel quería retrasarlo como fuera hasta tener grabados algunos discos más. Se había agenciado la gallina de los huevos de oro y no pensaba soltarla ni loco, aunque se lo pidiera el Gobierno.

Al final, el Ejército aceptó hablar con los dos, con Elvis y con el coronel, pero en secreto, y justo el día que teníamos que tocar en Vancouver. De ahí no se movieron. Se ve que a la reunión iba a ir un general, un pez gordo que quería conocer a Elvis. Vamos, que supongo que o se reunían ese día o llamaban a Elvis a filas.

Cualquiera habría cancelado el concierto y santas pascuas, pero el coronel no era cualquiera. A la taquilla de un estadio no renunciaba por nada ni por nadie. Se esperaban unas veinte mil personas, que era mucho dinero.

Total, que ahí estábamos el día antes, a medianoche, yendo a una sala pequeña por orden del coronel. Estaba vacía. De Elvis, ni rastro. Solo había un escenario con todo nuestro equipo. El coronel ya había llegado, y estaba con... ¿Lo adivinas? Con Frankie. Parker le hablaba en voz baja y él asentía. Los demás no sabíamos qué pasaba. Al final el coronel se giró hacia nosotros y nos dijo: «Quiero que ensayéis todo el concierto con este chaval de vocalista». Nos miramos, como diciendo «¿pero de qué va?», aunque no abrimos la boca. Le hicimos caso y nos pusimos a tocar mientras Frankie cantaba. Y te aseguro, como que estoy aquí, que al final del ensayo, si hubiera cerrado los ojos, no habría sabido si oía a Frankie o a Elvis. Tenía tanto sentido de la música, que podría haber hecho que un timbal sonase como un ruiseñor, no sé si me entiendes.

De todos modos, seguíamos sin tenerlo muy claro. Se parecía a Elvis, pero no lo era. Al final del ensayo nos dijo el coronel: «A ver, todos atentos. El chaval se quedará al fondo, con vosotros. No se pondrá delante del escenario, ¿de acuerdo? Y nada de hablar entre canción y canción. Las tocáis todas seguidas, y deprisa».

Al final nos hizo una advertencia, como era de esperar: «Si alguno de vosotros abre el pico, os meto una demanda que no os dará tiempo ni a respirar». No hacía falta que lo dijera. Nadie habría revelado lo del bolo de Elvis. La gallina de los huevos de oro también era nuestra.

Llega la siguiente noche. El Elvis de verdad está en Virginia, con el Gobierno, y nosotros en Vancouver, Canadá, entrando al estadio dentro un coche negro. Frankie va en medio, en la parte trasera, con la chaqueta de raso dorado y unas gafas de sol, sin decir nada. No sé decirte si estaba superrelajado o muerto de miedo. Yo sí que estaba muerto de miedo, te lo aseguro. Nos habían dicho que lo rodeásemos cuando saliera al *backstage*, y que no dejáramos que se le acercara nadie demasiado, ni siquiera la policía. Nos lo llevamos detrás del telón. Se oía el rumor de los espectadores. Yo pensé: ni de milagro nos sale bien esto.

Pero cuando salimos al escenario y miramos a los fans, estaban todos muy lejos, en las gradas, y el coronel había llenado el campo de vallas con la excusa de que era por seguridad, para proteger a Elvis. Teníamos una protección de al menos cuarenta metros. No se acercaría nadie. Era lo que quería el coronel. Además, como era a finales de verano, todavía había luz y con los focos apagados costaba más ver los detalles a tanta distancia. Yo le dije en voz baja a Bill, otro de los cantantes:

—¿Qué, qué te parece?

Y él contestó:

—Si sale mal, Clem, corre hacia la derecha, que es donde están los coches.

Luego el presentador se puso a dar voces.

—¡Señoras y señores, Elvis Presley!

Y de repente solo se oían gritos. Entonces salió Frankie, con la chaqueta dorada, una camisa negra y la guitarra al cuello, alta, como la llevaba Elvis. Me preparé para lo que pudiera ocurrir: que

nos abuchearan o nos tiraran cosas, pero no pasó nada. ¡Se lo tragarón a pies juntillas! Frankie le hizo caso al coronel y no se separó de nosotros. No se puso donde pudieran grabarlo las cámaras a él solo, ni dijo nada. Empezó directamente con *Well, Since my Baby left me* –sabes, ¿no?, el primer verso de *Heartbreak Hotel*–, y a partir de entonces habría dado lo mismo que cantase Frankie, yo o Pearl Bailey, porque fue una locura. No se oía casi nada. De repente bajaron todos los críos de las gradas y se metieron corriendo en el campo. Frankie se fue ventilando *I Got a Woman*, *Rip it up* y *Ready Teddy*. Los demás nos mirábamos con sonrisas pillas, porque lo hacía bien, y nos estábamos saliendo con la nuestra. Mientras tanto, los policías mandaban subir a los críos a las gradas, pero bajaron otra vez. Frankie se metía cada vez más en el papel con cada canción, sacudía las piernas y movía las caderas como Elvis. Le hice un par de gestos con la cabeza, como diciéndole: «Por ahí no sigas. Quédate aquí al fondo, no vayamos a salir trasquilados». Pero claro, empezó a sonar *Hound Dog* y supongo que fue más fuerte que él. Ahí ya se desmelenó. Se apartó del resto y empezó a descoyuntarse y a girar los brazos, haciendo la misma mueca que Elvis. Fue el acabose. Todos los espectadores invadieron el escenario, mientras los policías intentaban contenerlos a golpes de silbato. Empezó a caer gente al suelo. Nada más acabarse *Hound Dog*, los de seguridad nos sacaron del escenario mientras Frankie se despedía del público con una sonrisa, como diciendo «¡Hasta la próxima!».

Veintidós minutos. Fue lo que duró el concierto. Veintidós minutos. Lo conseguimos. De ese concierto sigue hablándose como de uno de los más locos y salvajes de toda la carrera de Elvis, y el único que dio en Canadá. Solo estábamos al tanto de lo que pasó los músicos, los Jordanares, el coronel y el bueno de Elvis, que en paz descansen.

Y Frankie, claro.

Al día siguiente dejó el grupo. Yo creo que quería evitar a Elvis. O Elvis a él, no sé. El caso es que se fue y no volvimos a vernos hasta un par de años después, cuando me propuso ir de gira con él. Había cambiado. Estaba más seguro. Más estrella,

¿comprendes? Yo creo que aquel concierto lo cambió. Después de haberlo probado, lo quiso para él.

Han pasado casi sesenta años sin que nadie haya abierto la boca sobre aquella noche, pero a mis ochenta y dos años, muerto Frankie... Se merece que lo reconozcan, qué narices. Con la de cantidad de imitadores que ha habido de Elvis, con la de gente que ha hecho carrera tratando de cantar como él... Pues Frankie fue el primero, y el mejor, todo hay que decirlo.

Vaya, que si de lo que se trata es de hacer que la gente tenga la misma sensación que viendo al Rey, el único que lo ha conseguido alguna vez es él.